

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL
MODERNA



№

542

25
cts

ROSITA MORENO

RICHARD ARLEN

CAMINO DE SANTA FE

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA
EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO X BARCELONA N.º 542

el cine en animo

Camino de Santa Fe

Novela de aventuras, interpretada por
Richard Arlen, Rosita Moreno y
otros notables artistas

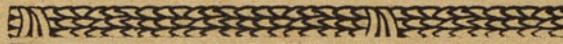


Es un film **PARAMOUNT**
Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CONCHITA MONTENEGRO



Camino de Santa Fe

Argumento de la película

Descendiente de los famosos colonizadores españoles, don Juan Castellanos era el dueño de la vasta propiedad de "Las Águilas", magnífica posesión heredada de sus mayores y situada en lo más rico del suelo norteamericano.

Sus grandes praderas servían de pasto a los ganados, a los enormes rebaños que eran como un agitado mar en la extensión de la llanura.

Desde hacía algunos años, don Juan era viudo y vivía con su hija María, bella flor de veinte años, la joya más querida de la casa.

Noble de carácter, hombre recto a la manera antigua, don Juan Castellanos se hacía querer de

cuantos le trataban. Tenía en alta estima a su grande amigo y vecino, Marcos Coulard, un comerciante expertísimo, llegado de no se sabía dónde, pero que con sus bien estudiadas maneras, su exquisita amabilidad, había logrado conquistar las simpatías del español.

El señor Castellanos, a pesar de la aparente riqueza de sus pastos, sufría grandes dificultades financieras, graves contrariedades económicas. Como si una extraña maldición cayese sobre él y sus campos, de continuo éstos eran incendiados, perdiéndose las cosechas o muriendo asfixiadas millares de cabezas de ganado.

Entonces, en estas horas de doloroso abatimiento, el señor Coulard acudía siempre en auxilio de su vecino, prestándole algunas cantidades para que pudiera hacer frente a sus más urgentes compromisos.

El señor Coulard jamás pedía garantía alguna para sus préstamos, pero don Juan Castellanos, conocedor de su deber y de sus obligaciones, le ofrecía como garantía en prenda, importantes sectores de sus ricos terrenos.

—¡No... no!...—protestaba Coulard.— Me basta su palabra.

—De ningún modo. Yo voy a hipotecar mis tierras. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

Y de esta manera, poco a poco, los terrenos más fértiles, los ganados más ricos, eran hipotecados a favor del prestatario señor Coulard, quien con su sonrisa ladina rechazaba siempre aquellas

demostraciones de lealtad, aunque en el fondo se mostraba satisfecho de la garantía.

Lejos de las propiedades del señor Castellanos, se hallaban los campos libres donde corrían hermosos rebaños. Allí, sueltos, por los valles ubérrimos, vegetaban numerosos rebaños de ganado vacuno y lanar. Pertenecían a pequeños propietarios, negociantes que traficaban luego en la capital con la permuta o compra venta de las bestias.

En otro tiempo los indios habían sido los dueños de todas aquellas fecundas campiñas. Impulsados por un odio feroz, primitivo, que les hacía evocar sus viejos tiempos de esplendor, movían insidiosa guerra contra los pastores y dueños de esos rebaños, llevando su afán de destrucción a los terrenos de la propiedad "Las Águilas" cuyos campos incendiaron también más de una vez, según se les acusaba.

A varios kilómetros de la finca del señor Castellanos, se hallaba conversando cierta mañana el joven norteamericano Stan Hollister con su fiel camarada y amigo Brady.

Era Hollister dueño de un enorme rebaño y se encontraba en un grave conflicto que consultaba a su compañero.

Debido a la gran sequía que reinaba por aquellas regiones, había ordenado a sus pastores conducir los rebaños a campos fértiles y húmedos donde fuera posible vivir. Pero los pastores, atemorizados por el continuo peligro de los indios

que sin cesar caían como una plaga sobre las caravanas, se habían negado a ello y se disponían a abandonarle y a atravesar la frontera mejicana.

—Si los pastores me abandonan ¿qué voy a hacer yo solo con los rebaños? ¿Comprendes mi situación? Voy a perderlo todo, pues yo solo no puedo dirigir tanta cantidad de ganado y además aquí, debido a la sequía, se morirían las bestias de hambre.

—Creo que el único medio es que fuese a hablar con los jefes indios.

—Pero ¿y si me atacan?

—Los tratas con cierta diplomacia, les pides que te respeten el ganado y verás como lo consigues... Al fin y al cabo no son mala gente con los que les prometen amistad... y dinero.

—Voy a verles esta misma noche.

Emprendió el valeroso Hollister, montado a caballo, su marcha hacia las regiones donde habitaban los indios...

Habló con los jefes pieles rojas y supo mostrarse tan afable, tan cautivador, tan cariñoso con ellos, que se captó por entero su confianza y le prometieron respetar cumplidamente sus ganados.

Ahora bien, era absurdo pensar que en aquella región encontrase tierras de hierba fresca donde poder el ganado acallar su hambre cada vez más ardiente.

El calor había quemado las raíces y no había

hierba que pastar, ni agua donde poder aplacar las fauces sedientas.

Unicamente muy lejos de allí habría regiones privilegiadas donde todavía se conservaba una humedad vital. A menos que...



Habló con los jefes pieles rojas...

El jefe indio inició una extraña sonrisa y le dijo:

—No muy lejos de aquí, yendo por el Camino de Santa Fe, están las posesiones de don Juan Castellanos que por su cultivo y condiciones especiales no padecen el tormento de la sed y don-

de es posible el pastoreo en condiciones normales. El tiene muchos rebaños, pero también cabrían los tuyos.

—Me has dado una excelente idea. Allá voy.

—Olvidas una cosa. Los campos son de propiedad particular. Ningún rebaño tiene entrada en ellos.

—Hablaré con el señor Castellanos y estoy seguro de convencerle.

—Le conozco. Es hombre terco, y no quiere que ningún rebaño ajeno entre en sus tierras.

—Así y todo, a pesar de tus atinadas informaciones, lo probaré. Pero cuento con tu palabra, "Flor Amarilla". No atacarás mis rebaños.

El jefe indio guardó un momento de silencio y contestó:

—No los atacaré si permities que mis rebaños, que sufren también de la escasez y la sequía, vayan con los tuyos. El señor Castellanos debe abrir su finca para tu rebaño y el mío.

—Conformes—dijo Hollister—. Vosotros vendréis conmigo. Y así el negocio será favorable para los dos.

Convenido ya con el jefe indio "Flor Amarilla", Hollister volvió a sus campos donde consiguió calmar a sus pastores y hacerles desistir de que atravesaran la frontera mejicana.

—Nada debéis temer. Los indios, que son ya nuestros amigos leales, vendrán con nosotros. Me han dado su palabra de que se portarán no-

blemente. Mañana emprenderemos todos juntos la marcha.

Y al día siguiente, unidos por mutuos intereses, por la defensa de sus rebaños, emprendieron su marcha en dirección a la posesión "Las Águilas". Hollister ofrecería al señor Castellanos una parte*por cabeza una vez hubiese vendido el rebaño.

Hollister iba en compañía de su buen amigo Brady y de un rapaz de unos diez años conocido por Zé Velho, criatura simpática, hijo de un pastor muerto pocos meses antes, alegre chiquillo que Hollister había adoptado y que con sus travesuras infantiles hacía más llevadero el camino doloroso sobre una tierra seca como un erial y bajo un sol canicular que lanzaba chorros de fuego.

* * *

Al cabo de unas horas de camino llegaron a pocos kilómetros de las propiedades del señor Castellanos.

Hollister, Brady y Zé se adelantaron hacia la finca, mientras los pastores americanos e indios quedaban vigilando el ganado que aparecía

sudoroso y jadeante bajo la trágica caminata, sin la compensación del alimento.

La finca de Castellanos se alzaba al final del llamado Camino de Santa Fe.

La casa era magnífica, amplia, de bello estilo español denotando el paso de los conquistadores de antaño que imprimieron a todas las cosas el sello y la fuerza de su raza.

Los tres visitantes fueron introducidos en una salita. Apenas llevaban cinco minutos de espera cuando se presentó María, la linda española, hija del dueño de la casa.

Hollister quedó deslumbrado ante la presencia de aquella mujercita tan hermosa, señoril, tan de ciudad en todo su porte.

—Ustedes vienen a ver a papá, ¿no es eso?

—Sí, señorita—dijo Hollister sin quitar ojo de tan adorable mujer que casi instantáneamente le había hecho olvidar el objeto de su visita.

—Papá está fuera. Ha ido al pueblo para varios negocios. No regresaría hasta la noche.

—¡Qué lástima! Nos convenía tanto verle.

—Pues tardará aún algunas horas... Pero, hagan el favor, siéntense ustedes. ¡Ah, qué niño tan bonito! Están ustedes cansados... vienen de muy lejos, ¿no? Tomarán un refresco. Esto les sentará bien.

Agradecieron en el alma aquellas solícitas atenciones y al cabo de media hora ya parecían todos muy amigos.

Llevado de la dulce confianza y simpatía que

le inspiraba la joven, el yanqui no tuvo inconveniente en confiarle a lo que venían, a probar si era posible que les dejases entrar el ganado.

María pareció mostrarse propicia a ello y les dió grandes esperanzas.



—No regresará hasta la noche.

—Papá es muy bueno, nada tiene de ambicioso, y estoy segura de que accederá.

—¿Y cree usted que nos recibirá por la noche? Si llega muy tarde, nos hará volver al día siguiente.

—Tengo una idea. Precisamente esta noche

celebraremos una gran fiesta aquí. Quedan ustedes invitados. Así tendrán la oportunidad de hablar a papá durante la misma.

—Encantados de su amabilidad, señorita.

Todavía estuvieron en conversación durante largo rato. Desde un principio se estableció una vivísima simpatía entre María y Hollister. Al despedirse eran ya los mejores amigos del mundo.

Se estrecharon la mano con un cordial "hasta la noche" que parecía ser como una dulce y bondadosa promesa...

Hollister y sus compañeros volvieron al lado de los vaqueros e indios dándoles cuenta de que todo quedaba aplazado para la noche. Había que resignarse a aguardar...

Comieron las provisiones que llevaban, mientras el ganado procuraba alimentarse con las pocas hierbas secas y escuélidas que crecían en aquellos campos. Pero todo variaría pronto. Allá, en la finca de Castellanos, había campos fértiles y fecundos, estaba una promesa de vida y de esperanza...

* * *

Convidados, pues, por María, Hollister y Brady volvieron a la finca donde se celebraba un espléndido baile al que asistían todas las familias de las propiedades vecinas.

El señor Castellanos no había llegado aún, y Hollister aprovechó aquella ausencia para bailar con la hija del dueño que cada vez le parecía más plena de atractivo y seducción.



—le parecía más plena de atractivo...

También María parecía sentir por este mozo norteamericano una viva corriente de simpatía. De ser ella quien pudiera disponer de los campos, ya habría hecho entrar todo el rebaño de Hollister.

Cerca de medianoche llegó, procedente de va-

rios pueblos a donde había ido a efectuar unas liquidaciones, el severo don Juan Castellanos.

María le presentó a Hollister y a Brady. Le indicó el primero su deseo de hablar a solas con él para tratar de negocios urgentes.

—¿Y no podría volver usted mañana? Comprenda... ahora... la fiesta...

—Es de suma importancia resolverlo hoy mismo, señor.

—Entonces, vayamos a mi despacho.

Brady quedó danzando con María, mientras el señor Castellanos introducía a Hollister en una severa habitación, donde se trataban todos los negocios.

Sencillamente, con manifiesta sinceridad, Hollister expuso la pésima situación de sus campos donde la sequía lo había aniquilado todo. Sabedor de que por medio de irrigaciones y cuidados especiales, los prados de don Juan se mantenían en estado floreciente, venía a proponerle le dejase entrar su partida de ganado... Más adelante, una vez vendiese las cabezas de ganado, se partirían en compensación los lucros.

—Encantado de su fórmula—dijo el señor Castellanos—. Acepto de buen grado. Pueden entrar cuando les parezca.

—Gracias, don Juan... Voy a avisar a mis vaqueros y a los indios para que guíen hasta aquí el rebaño.

—¿Ha dicho usted los indios? ¿Cómo es ello? —preguntó súbitamente alarmado.

Hollister explicó entonces que para calmar las excitaciones de los pieles rojas y evitar un ataque de éstos, había tenido que acceder a llevarse consigo su ganado.

—Pero son inofensivos. Nada debe usted temer. Fíe lealmente en su amistad.

El señor Castellanos se levantó como si diera por terminada la conversación.

—¡Ah, no, no!—dijo.

—Pero, don Juan, ¿por qué motivo?

—Amigo, su proposición no me agrada. Al principio me parecía aceptable y estaba dispuesto a colaborar en el negocio, pero en mis tierras no permito yo que entre ningún indio.

—Sea usted razonable, por Dios.

—Nada podemos hacer. Los indios son mis peores enemigos, la causa de que yo me encuentre medio arruinado. ¡Si usted supiera!

Y nerviosamente explicó a Hollister todo lo que le estaba ocurriendo, la causa fundamental de aquella ojeriza contra los pieles rojas.

Este odio que sentía hacia ellos era motivado por lo que en la propiedad "Las Aguilas" se venía llamando "la venganza de los indios."

De vez en cuando, sin que fuera nunca posible averiguar el verdadero autor, aparecían campos incendiados, ganado asesinado o misteriosas desapariciones de rebaños enteros. El fuego barría a veces grandes extensiones de terreno convirtiéndolo en eriales tierras que poco antes eran como fino oro.

Pero todos los indicios parecían indicar que eran los indios los causantes de aquellos atentados. ¿Quién sino ellos vivían casi siempre al margen de la ley?

La gente blanca que rondaba por allí era toda paz, incapaz de hacer daño a nadie. Sólo a las gentes de color podía atribuirseles la paternidad de los hechos reprobables.

Hollister insistió en sus manifestaciones.

—Ignoro la certeza de las suposiciones de usted, pero sí estoy seguro que los indios que vienen conmigo no efectuarán ningún desmán.

—¿Me da usted su palabra?

—¡Por mi honor!—dijo solemnemente.

¡Respondo de ello!

El señor Castellanos no respondió como si estuviera meditando sobre la conveniencia de acceder o no a la fervorosa demanda del joven.

Pero en aquel instante acertó a pasar ante la puerta del despacho Marcos Coulard, el amigo de Castellanos. Este, que tenía puesta en él una absoluta confianza, le llamó y le presentó a Hollister dándole cuenta además de la proposición que éste le hacía de dejar entrar a los indios en su posesión.

Marcos Coulard no era en realidad más que un redomado hipócrita que fingía una gran amistad a Castellanos sin otro propósito que el de móviles egoístas e interesados.

Precisamente si prestaba dinero a Castellanos sobre sus terrenos era con la esperanza de que

cuando no pudiese pagar, quedarse con ellos, redoblando el beneficio.

Por esto desde el primer instante vió en la proposición de Hollister un peligro a sus intenciones. A él no le convenía que Castellanos hiciera ningún negocio favorable. Todo lo contrario. Deseaba que no encontrase dinero para entonces quedarse él el importe de las fincas hipotecadas.

—Considero el asunto peligroso—dijo—Sabe usted que los indios son sus peores enemigos. Se mete usted en la boca del lobo dándoles entrada en su propia casa.

—Eso mismo pienso yo.

—Pero yo respondo de que nada pasará—dijo Hollister, contrariadísimo.

—Creo se debe meditar mucho sobre ello. Si usted me lo permite, don Juan, yo me haré cargo del asunto y examinaré el pro y el contra de la propuesta—dijo Coulard.

—Encantado. Lo dejo a su libre arbitrio. Lo que usted haga bien hecho estará. Tengo puesta en usted una absoluta confianza.

—Muchas gracias... Señor Hollister, tenga usted la bondad de pasar mañana por la mañana por mi casa.

—¿Y por qué no ahora?—dijo el joven, impaciente.

—Es muy tarde... y hoy... Mañana, con más calma, con mayor tranquilidad examinaremos el

negocio. Y crea que tendrá una verdadera alegría si podemos llegar a un acuerdo.

Hollister no quiso insistir más y se despidió de los dos hombres volviendo al gran salón donde la fiesta proseguía en todo su apogeo.

Bailó con María y olvidó mientras danzaba con tan adorable mujercita las dificultades del momento.

Después marchó con Brady que había pasado una noche muy divertida.

Y entretanto, los señores Castellanos y Coulard comentaban la proposición de Hollister, pareciéndole desfavorable y peligrosa.

Coulard, insidiosamente, procuraba aumentar las dificultades que aquello traería consigo.

—Tiene usted razón. Nada quiero con los indios. Aun no hace tres días me quemaron un importante campo de trigo—decía el propietario.

—Son unos criminales.

—Esos incendios me causan perjuicios enormes. Suerte que usted me favorece siempre con sus préstamos. De lo contrario no sé lo que iba a ocurrir...

Coulard sonrió bajo su bigote crespo... Poco a poco aquellos préstamos, aquellas hipotecas le iban convirtiendo en dueño absoluto de la finca de Castellanos... Como éste no podría pagar a su vencimiento, Coulard, "aun sintiéndolo mucho", se apoderaría de los terrenos prestados en garantía. Y los terrenos valían cien mil veces más que el dinero entregado por él... Coulard

era un buen negociante. Sabía hacer bien las cosas.

* * *

A la siguiente mañana Hollister y Brady llegaron a la finca de Marcos Coulard.

Pero desde la puerta del despacho de Coulard oyeron una interesantísima conversación que éste sostenía con unos sujetos de mala catadura. Por las breves palabras pronunciadas, adivinó Hollister en qué consistía la famosa "venganza de los indios" de que Castellanos le había dado cuenta. Era el mismo Coulard quien mandaba a varios sujetos pagados a que incendiases los campos de su vecino.

Hollister, comprendiendo que el pobre señor Castellanos era objeto de la más inicua traición, entró en la sala, mientras Brady quedaba afuera.

Coulard y sus hombres enmudecieron al verle llegar, pero el primero, reaccionando de su sorpresa, le dijo:

—Le mandé llamar para advertirle una cosa. Yo tengo una gran influencia sobre Castellanos y éste hará lo que yo le aconseje.

—Lo había adivinado.

—Mejor. Entonces nos entenderemos con mayor claridad. Si quiere que su ganado entre en la finca de Castellanos, me ha de dar usted una tercera parte de las ganancias una vez se haya efectuado su venta.

—¿Y si me negara? Porque esto es una arbitrariedad, un capricho.

—Amigo mío—le gritó con voz amenazadora—. Le aconsejo que se no se meta usted contra mí o de lo contrario le saldrá cara la broma.

—Haré lo que me parezca.

—¡Granuja! ¿Cómo te atreves?

Coulard y sus hombres hicieron el gesto de empuñar sus pistolas, pero más rápido que ellos, Hollister, ayudado por Brady que acababa de aparecer, fué retrocediendo hacia la puerta apuntándoles con un revólver.

—No se ponga usted en mi camino, ni intente hacer nada contra mí porque yo no soy de los vencidos—le dijo con una sonrisa valerosa.

—¡Sí me pondré!—rugió Coulard—. Nadie se ha puesto contra mí, ¿entiendes? Y tú tampoco te saldrás con la tuya si no quieres perder la vida.

Hollister contestó con una sonrisa de desprecio y montando a caballo con su amigo Brady, desapareció en la lejanía, mientras Coulard, furioso, daba órdenes a sus secuaces para que aquel estúpido muchachuelo no entrara ni una cabeza de ganado en la finca de don Juan Castellanos.

Coulard marchó precipitadamente a casa de su amigo. Este, que se encontraba hablando con su hija María, le escuchó con gran atención.

Coulard con sus palabras insidiosas envenenaba la mente del honrado propietario.

—Acabo de enterarme de lo malvado que es ese Hollister—le decía—. ¿No sabe usted? Estaba de acuerdo con los indios para una vez usted les hubiese dado entrada, robarle todos dos ganados y quemarle los campos con una “razzia” general y trágica.

María no podía creer que aquel muchacho que tan bonitas palabras le había murmurado, que parecía tan caballeroso, tan hidalgo en todos sus actos, fuese un felón, un traidor... E hizo frente a las afirmaciones de Coulard defendiendo al ausente con tesón de enamorada. Pero el señor Castellanos se dejó convencer por las palabras de su amigo y consideró a Hollister como el más repugnante de los traidores.

Momentos después, Hollister y Brady, dispuestos a todo lo lícito para conseguir sus fines, llegaban a la finca.

Castellanos y Coulard les recibieron con hostilidad y este último repitió con una seguridad de malvado, sus acusaciones contra Hollister tildándole de traidor, de cómplice de los indios para incender y destruir la propiedad de “Las Aguilas”.

Hollister le escuchó con indignación esforzándose en no lanzarse de una vez contra el autor

de semejantes villanías. Miraba a María que le contemplaba con ojos cariñosos, y esa simpatía bondadosa le daba fuerzas para resistir las injurias.

Pero de pronto, no pudiendo calmar más sus nervios, prorrumpió en un grito energético.

—¡Basta ya! El señor Coulard dice de mí todo eso, ¿verdad? Pues bien, ¿y si yo dijese que el señor Coulard es quien manda a sus hombres por la noche para incendiar las propiedades de usted y dar después la culpa a los indios? ¿Y si yo le dijese que tengo la seguridad, la firmeza de todo esto, pues lo he escuchado de sus propios labios?

—¡No quiero oirle ni una palabra, calumioso!—gritó Castellanos en el colmo de la indignación sin creer una sola frase y rechazando a María que pretendía interceder por el joven—. Coulard es mi mejor amigo y tengo en él una absoluta confianza.

—¡Canalla! ¡Infame!—rugió Coulard—. No sé cómo no te mato ahora mismo.

—¡Déjelo estar, Coulard!

La mano de Castellanos apareció armada de un revólver.

—Salga usted de aquí inmediatamente y usted también—dijo a Hollister y a Brady—. Y yo le prometo que si vuelve a producirse un incendio en mis propiedades, le buscaré aunque se esconda en el infierno y le levantaré la tapa de los sesos.

—Pero, papá...—suplicó María.

—Calla tú, también, loca. ¡No le defiendas!

Comprendiendo Hollister que era mal momento para intentar su defensa, salió con Brady sin pronunciar palabra... Al marchar dió una larga mirada de amor a María... ¡Ah! Hollister seguiría luchando para desenmascarar de una vez al falso amigo del señor Castellanos, del padre de la joven, tan vilmente traicionado...

Marcharon los dos hombres lentamente... Y María, en cuyo corazón tenía ya Hollister un sagrario de afectos, procuró calmar, tranquilizar a su padre.

Coulard salió poco después... Y en el alma de María las dudas acerca de la lealtad de aquel vecino, se hicieron muy intensas... Pero Castellanos, por el contrario, mantenía un odio implacable contra Hollister y una confianza cada vez mayor en Coulard en quien creía ver no sólo un amigo, sino hasta un hermano.

* * *

Poco después registróse a algunos kilómetros de allí un doloroso acontecimiento.

El pequeño Zé Velho iba en compañía de Emilia, una criadita de casa de Castellanos con la que había simpatizado, a trasmisitir un recado de

Hollister para los pastores y los indios que guardaban los rebaños.

Les dirían que hiciesen el favor de aguardar, que ellos no tardarían en reunírseles para adoptar acuerdos.

Pero ya muy avanzado el camino de Santa Fe, vieron desde lo alto de la montaña como dos hombres allá abajo en el valle, se acercaban al indio "Flor Amarilla" que avanzaba a caballo distraídamente por el camino.

Uno de aquellos hombres, en quien la pequeña Emilia reconoció al señor Coulard, ocultóse cautelosamente detrás de unos matorrales y desde allí disparó varios tiros por la espalda al pobre indio.

"Flor Amarilla", contrayendo espantosamente su rostro, cayó muerto. Los dos criminales, recogieron el cuerpo del desgraciado piel roja y lo colocaron sobre su caballo que había quedado allí cerca contemplando con ojos inteligentes el fin de su desgraciado amo.

Espolearon al animal en dirección al campamento de los indios, situado no muy lejos de allí. Y la bestia emprendió rápida carrera.

Los dos niños habían observado, presos de la mayor emoción, lo que había sucedido y en vez de trasmisitir el recado de Hollister, acordaron regresar para dar cuenta en casa del señor Castellanos de lo que acababan de ver.

Un cuarto de hora después, el miserable Coulard llegaba hasta el campo donde se encontraba

ban los indios rodeando horrorizados el cuerpo asesinado de su jefe "Flor Amarilla".

Coulard, mintiendo cobardemente dijo con voz excitada, dispuesto a enardecer a toda aquella pobre gente desolada por la muerte de su caudillo:

—Hollister ha asesinado a vuestro jefe. Yo, yo lo he visto. Le ha disparado por la espalda varios tiros. ¡Indios, levantáos, Hollister es un traidor! Ahora mismo se encuentra en casa de Castellanos excitando a éste contra vosotros, diciendo que tenéis el propósito de entrar a sangre y fuego en su propiedad.

Un alarido de odio, un grito de guerra, un clamor de verganza resonó por todo el valle. En vano los vaqueros de Hollister pretendieron calmar la excitación de los indios. Estos, sin atender razones, apasionados por el asesinato inicuo de "Flor Amarilla", emprendieron la marcha hacia la propiedad "Las Aguilas", montados en sus briosos caballos cuyo rumor sordo semejaba el son de una piedra rodando montaña abajo...

Sólo uno de los indios, precisamente el hijo del muerto, gran amigo de Hollister, desconfió de las acusaciones de Coulard, de la malévolas historia de aquel desconocido. No, era imposible que Hollister, tan bueno, tan caballeroso, hubiese asesinado a mansalva al pobre indio... Y cortando por unos senderos, se dirigió a caballo hacia la finca de "Las Aguilas" para advertir allí de la inminencia del ataque de los pieles rojas.

Llegó a la propiedad y encontró al señor Castellanos que estaba hablando con los niños. Emilia y Zé que le daban cuenta del asesinato que habían presenciado con sus propios ojos.

El señor Castellanos no daba crédito a las palabras de los niños, creyendo que se encontraban en un error, pero la presencia del indio y la indicación de éste de que su padre había muerto en circunstancias misteriosas, empezaron a hacerle vacilar en sus primeros propósitos.

El indio creyó lo que decían los niños, pues consideraba incapaz a Hollister de haber realizado el crimen. Nada quiso decir referente a ello, y noblemente, ocultando su dolor filial, rogó al señor Castellanos se preparase para la defensa de la finca mientras él iba en busca de Coulard para descubrir de una vez para siempre la verdad de lo ocurrido.

—Pero ésto es imposible!—decía Castellanos dudando aún.— ¡Mi amigo, mi buen amigo Coulard convertido en un asesino! ¡No puede ser!

—Tengo casi la seguridad de que se trata de él... Para que usted lo sepa, ha venido a nuestro campamento y ha instigado a todos a que vengamos aquí. Prepárense para rechazar el ataque.

El dueño de la finca dió pertinentes órdenes para rechazar la agresión de los pieles rojas.

María sentíase emocionadísima y en su fuero interno rogaba a Dios para que a Hollister no le ocurriera ningún mal.

El indio, sin querer ser acompañado por nadie, marchó en dirección a la casa de Coulard. Por el camino encontró a Brady a quien expuso sencillamente lo que ocurría.

Hollister, que rondaba por los alrededores, no tardó en reunirse con sus amigos.

Al verle, el hijo de "Flor Amarilla" no pudo reprimir un gesto de dolor, casi de rabia... ¿Si sería?... Pero pronto reaccionó... Era imposible que Hollister que avanzaba hacia él sonriente y fraternal se hubiese manchado con la sangre de una víctima inocente.

—¡Ay, Hollister! ¿Ya sabes la gran desgracia? ¡Mi padre ha sido asesinado! Y Coulard te culpa a ti de haberlo matado a traición.

—¿Qué dices? ¡Pobre amigo! Pero yo te juro por mi Dios que soy inocente. ¡Si quería mucho a tu padre! ¡Ah, ese Coulard! Hay que ir a detenerle inmediatamente.

—¡El... él es el asesino! Unos niños vieron como daba muerte a "Flor Amarilla".

—Vayamos a detenerle antes de que sea demasiado tarde.

Los tres hombres corrieron hacia la casa de Coulard. Este se hallaba vigilante junto a la ventana.

Al ver a aquellos dos enemigos, Coulard se levantó pálido de indignación y miedo.

—¿Qué venís a hacer aquí... asesinos?—rugió.

—Aquí el único asesino eres tú, cobarde—repuso Hollister—. Venimos a prenderte como au-

tor de la muerte de "Flor Amarilla", Hay testigos presenciales de que tú asesinaste al jefe.

—¡Miserables!—gritó Coulard empuñando rápidamente una pistola—. Acabáis de firmar vuestra propia sentencia de muerte. Vais a morir. Pero antes quiero deciros que tenéis razón, que yo he matado al indio "Flor Amarilla", como voy a matar a cuantos me...

No pudo terminar la frase. Escuchóse el ligero silbido de una bala... El indio había disparado desde fuera contra el que se declaraba autor del asesinato de su padre...

Coulard no pudo lanzar ni un grito. La bala había ido directamente a su corazón.

* * *

Hollister, Brady y el piel roja corrieron a la finca del señor Castellanos donde todo estaba ya preparado para la defensa.

Avanzaron hacia los indios que llegaban dispuestos a vengar la muerte de su jefe.

El hijo de "Flor Amarilla" les explicó la verdad y como ya estaba castigado el verdadero asesino...

Los indios se calmaron y acamparon junto a la finca en son de paz.

También el señor Castellanos acabó conviniéndose de la ingratitud y traición de su falso



...vinteron días de prosperidad.

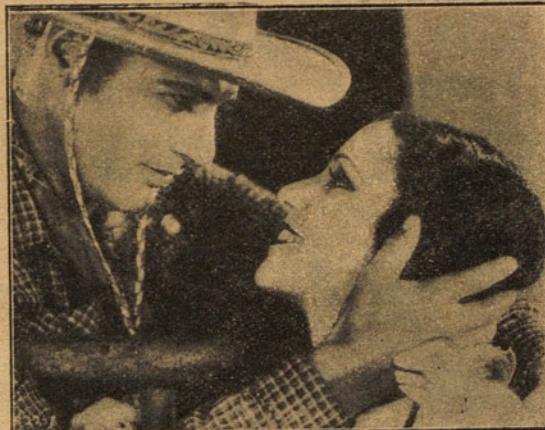
amigo y pidió a Hollister le perdonara sus injurias y su desconfianza.

Los indios pudieron entrar en los terrenos de "Las Aguilas" así como todos los vaqueros de Hollister.

Pasaron unos días. Desde la muerte de Coulard no se produjeron ya nuevos incendios, prue-

ba clarísima de que los provocaba aquel miserable vecino que deseaba ir arruinando poco a poco a don Juan Castellanos para acabar incautándose de todos sus terrenos.

Con el transcurso del tiempo vinieron días de



...María y él se amaban...

prosperidad... Y Hollister no se movió ya de aquella casa... Y más que el amigo de Castellanos, fué su hijo, pues María y él se amaban...

Aquel amor, presentido misteriosamente por ambos jóvenes el día que se vieron por primera vez, tuvo su consagración en el matrimonio y

una pareja feliz fué la envidia, el ansia de imitación de mucha gente que, sintiéndose sola, añoraba una unión igual, base y objeto sagrado de la vida...

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
 Sociedad General Española de Librería,
 Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
BARCELONA: Barbará, 16; **MADRID:** Cafios, 1

Tip. Barcelona - Arlau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

GRAN ÉXITO EN LAS
Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

A L E L U Y A

(Maravillosa novela de la METRO)

La mujer que amamos

por Vilma Banky

Al compás de 3/4

Deliciosa película lírica

La princesa se enamora

por Charles Farrell y Meureen O'Sullivan

Esta semana:

Amanecer de amor

por Norma Shearer, Lewis Stone
 y Robert Montgomery

Se están agotando las **BIOGRAFÍAS** y
Colecciones de 6 bonitas postales de

José Mojica

Maurice Chevalier

Greta Garbo

Ramón Novarro

Charlie Chaplin

CHARLOT

y

Jeannette Mac Donald

Numerosas fotografías · Curiosas anécdotas
Postal-regalo · Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la Colección de 6 postales de

Juan Torena

Véalas y no dejará de adquirirlas

Precio: 30 céntimos